

mos. Frio es aquel que así como carece de caridad, así carece de lo uno y de lo otro: así de lo interior como exterior. Tibio es aquel que tiene algo de lo exterior, y ninguna cosa de lo interior (á lo ménos de caridad). Pues danos aquí á entender el Señor que este tal es de peor condicion que el que está del todo frio: no por ventura porque tenga mas pecados que él, sino porque es mas incurable su mal; porque tanto está mas léjos del remedio, cuanto se tiene por mas seguro. Porque de aquella justicia superficial que tiene, toma ocasion para creer de sí que es algo, como quiera que á la verdad sea nada. Y que este sea el sentido literal destas palabras, evidentemente se ve por lo que luego encontinente se sigue; porque explicando el Señor mas claramente á quién llama tibio, añade: Dices que eres rico, y que no te falta nada para la verdadera justicia; y no entiendes que eres mezquino, y miserable, pobre, y ciego, y desnudo. ¿No te parece que ves en estas palabras debujada la imágen de aquel fariseo que decia (a): Dios, gracias te doy, que no soy yo como los otros hombres, etc? Verdaderamente este es el que se tenia en su corazon por rico de riquezas espirituales, pues por esto daba gracias á Dios; mas sin dubda era pobre, ciego, y desnudo; pues dentro estaba vacío de justicia, lleno de soberbia, y ciego para conocer su propia culpa.

Tenemos pues aquí ya declarado cómo hay dos maneras de justicia: una falsa, y otra verdadera; y cuán grande sea la excelencia de la verdadera, y cuánto el peligro de la falsa. Y no piense nadie que se ha perdido tiempo en gastar en esto tantas palabras; porque pues el santo Evangelio (que es la mas alta de todas las Escrituras Divinas, y la que singularmente es espejo y regla de nuestra vida) tantas veces reprehende esta manera de justicia, y lo mesmo hacen tantas veces los profetas (como arriba declaramos); no era razon que pasásemos en esta doctrina livianamente por lo que tantas veces repiten y encarecen las Escrituras divinas. Mayormente que los peligros claros y manifiestos quien quiera los conoce (porque son como las rocas que están en la mar descubiertas), y por esto tienen ménos necesidad de doctrina; mas los ocultos y disimulados (como los bajos que están cubiertos con el agua), esos es razon que estén mas claramente señalados y marcados en la carta de marear, para no peligrar en ellos.

Y no se engañe nadie diciendo que entónces era esta doctrina necesaria, porque reinaba mucho este vicio, y agora no; porque ántes creo que siempre el mundo fué cuasi de una manera; porque unos mesmos hombres, y una mesma naturaleza, y unas mesmas inclinaciones, y un mesmo pecado original en que todos somos concebidos (que es la fuente de todos los pecados), forzado es que produzga unos mesmos delictos; porque donde hay tanta semejanza en las causas de los males, tambien la ha de haber en los mesmos males. Y así los mesmos vicios que habia entónces en tales y tales géneros de personas, esos mesmos hay agora, aunque alterados algun tanto los nombres dellos: así como las comedias de Plauto, ó de Terencio son las mesmas que fuéron mil años ha; puesto caso que cada día (cuando se representan) se mudan las personas que las representan.

De donde así como entónces aquel pueblo rudo y carnal pensaba que tenia á Dios por el pié cuando ofrecia aquellos sacrificios, y ayunaba aquellos ayunos, y guar-

(a) Luc. 18.

daba aquellas fiestas literalmente, y no espiritualmente: así hallaréis agora muchos cristianos que oyen cada domingo su misa, y rezan por sus horas y por sus cuentas, y ayunan cada semana los sábados á nuestra Señora, y huelgan de oír sermones, y otras cosas semejantes; y con hacer esto (que á la verdad es bien hecho) tienen tan vivos los apetitos de la honra, y de la cobdicia, y de la ira, como todos los otros hombres que nada desto hacen. Olvidanse de las obligaciones de sus estados; tienen poca cuenta con la salvacion de sus domésticos y familiares; andan en sus odios, y pasiones, y pundonores; y no se humillarán, ni darán á torcer su brazo por todo el mundo. Y aun algunos dellos hay que tienen quitadas las hablas á sus prójimos, á veces por livianas causas; y muchos tambien pagan muy mal las deudas que deben á sus criados, y á otros. Y si por ventura les tocais en un punto de honra, ó de interés, ó de cosa semejante, veréis luego desarmado todo el negocio, y puesto por tierra. Y algunos destes siendo muy largos en rezar muchas coronas de ave Marias; son muy estrechos en dar limosnas, y hacer bien á los necesitados. Y otros hallaréis que por todo el mundo no comerán carne el miércoles, y otros dias de devocion; y con esto murmuran sin ningun temor de Dios, y degüellan crudelísimamente los prójimos. De manera que siendo muy escrupulosos en no comer carne de animales (que Dios les concedió), ningun escrúpulo tienen de comer carne y vidas de hombres, que Dios tan caramente les prohibió. Porque verdaderamente una de las cosas que mas habia de celar el cristiano, es la fama y honra de su prójimo: de que estos tienen muy poco cuidado, teniéndolo tanto de cosas sin comparacion menores.

Esto y otras cosas semejantes no me puede negar nadie, sino que cada día pasan entre los hombres del mundo, y entre los de fuera del mundo. Y pues este es tan grande y tan universal engaño, necesaria cosa era dar este desengaño, mayormente pues no todos los que tienen por oficio darlo, lo dan; y por esto convenia que con doctrina clara se supiese esta falta, para aviso de los que desean acertar este camino.

Y para que el cristiano lector se aproveche mejor de lo dicho, y no venga á enfermar con la medicina, conviene que tome primero el pulso á su espíritu y condición, para ver á lo que es mas inclinado. Porque hay unas doctrinas generales que sirven para todo género de personas: como las que se dan de la caridad, humildad, paciencia, obediencia, etc. Otras hay particulares, que son para remedios particulares de personas, que no arman tanto á otras. Porque á un muy escrupuloso es menester alargarle algo la consciencia; mas al que es largo de consciencia, es menester estrechársela; al pusilánime y desconfiado conviene predicar de la misericordia; al presumptuoso, de la justicia; y así á todos los demas, segun nos lo aconseja el Ecclesiástico, diciendo (b): Que tratemos con el injusto de la justicia; con el temeroso de la guerra; con el invidioso del agradecimiento; con el inhumano de la humanidad; con el perezoso del trabajo, y así con todos los demas.

Pues segun esto, como haya dos diferencias de personas, unas que se acuestan mas á lo interior, sin hacer tanto caso de lo exterior, y otras que se inclinan mas á lo exterior, sin tener tanta cuenta con lo interior: á los unos conviene encarescer lo uno, y á los otros lo otro;

(b) Eccl. 37.

para que así vengan á reducirse los humores á debida proporcion. Nos en esta doctrina de tal manera templamos el estilo, que cada cosa pusiésemos en su lugar, levantando las cosas mayores sin perjuicio de las menores, y encargando las menores sin agravio de las mayores. Y desta manera estaremos libres de aquellas dos peligrosísimas rocas que aquí habemos querido derribar: la una de los que precian tanto lo interior, que desprecian lo exterior; y la otra de los que abrazando mucho lo exterior, se descuidan en lo interior, mayormente en el temor de Dios, y aborrecimiento del pecado.

La summa pues deste negocio sea fundarnos en un profundísimo temor de Dios, que nos haga temer de solo el nombre del pecado. Y quien este tuviere muy arraigado en su ánima, téngase por dichoso, y sobre este fundamento edifique lo que quisiere. Mas el que se hallare fácil para cometer un pecado, téngase por miserable, ciego y malaventurado; aunque tenga todas las apariencias de santidad que hay en el mundo.

CAPITULO XXI.

Segundo aviso acerca de diversas maneras de vidas que hay en la Iglesia.

El segundo aviso sirve para no juzgar unos á otros en la manera de vida que cada uno tiene. Para lo cual es de saber que como sean muchas las virtudes que se requieren para la vida cristiana, unos se dan mas á unas, y otros á otras. Porque unos se dan mas á aquellas virtudes que ordenan al hombre para con Dios, que por la mayor parte pertenescen á la vida contemplativa; otros á las que nos ordenan para con el prójimo, que pertenescen á la activa; otros á las que ordenan al hombre consigo mesmo, que son mas familiares á la vida monástica.

Item, como todas las obras virtuosas sean medios para alcanzar la gracia, unos la procuran mas por un medio, y otros por otro. Porque unos la buscan con ayunos, y diciplinas, y asperezas corporales; otros con limosnas y obras de misericordia; otros con oraciones y meditaciones continuas, en el cual medio hay tanta variedad, y cuantos modos hay de orar y meditar; porque unos se hallan bien con un linaje de oraciones y meditaciones, otros con otras; y así como hay muchas cosas que meditar, así hay muchos modos de meditacion, entre los cuales aquel es mejor para cada uno, en que halla mayor devocion y mas provecho.

Pues acerca desto suele haber un muy comun engaño entre personas virtuosas; y es, que los que han aprovechado por alguno destes medios, piensan que como ellos medraron por allí, que no hay otro camino para medrar con Dios, sino solo aquel, y ese querrian enseñar á todos; y tienen por errados á los que por allí no van, pareciéndoles que no hay mas de un camino solo para el cielo. El que se da mucho á la oracion, piensa que sin esto no hay salud. El que se da mucho á ayunos, parecele que todo es burla, sino ayunar. El que se da á la vida contemplativa, piensa que todos los que no son contemplativos, viven en grandísimo peligro; y toman esto tan por el cabo, que algunos vienen á tener en poco la vida activa. Por el contrario los activos, como no saben por experiencia lo que pasa entre Dios y el ánima en aquel suavísimo ocio de la contemplacion, y ven el provecho palpable que se sigue de la vida activa, deshacen cuanto pueden la vida contemplativa, y apénas pueden aprobar vida contemplativa pura, sino es compuesta de

la una y de la otra; como si esto fuese fácil de hacer á quien quiera. Asimesmo el que se da á la oracion mental, parecele que toda otra oracion sin esta es infructuosa; y el que á la vocal, dice que esta es de mayor trabajo, y que así será de mayor provecho.

De suerte que cada bohonero (como dicen) alaba sus agujas; y así cada uno con una tácita soberbia é ignorancia (sin ver lo que hace) alaba á sí mesmo, engrandeciéndolo en que él tiene mas caudal. Y así viene á ser el negocio de las virtudes como el de las ciencias, en las cuales cada uno alaba y levanta sobre los cielos aquella ciencia en que él reina, apocando y deshaciendo todas las otras. El orador dice que no hay otra arte en el mundo que iguale con la elocuencia; el astrólogo, que no la hay tal como la que trata del cielo y de las estrellas; el filósofo dice otro tanto; el que se da á la Escritura divina dice mucho mas, y con mayor razon; el que al estudio de las lenguas (porque sirven para la Escritura) dice lo mesmo; el teólogo escolástico no se contenta con el lugar de en medio, si no pone su silla sobre todos. Y á ninguno le faltan razones, y grandes razones, para creer que su ciencia es la mejor y mas necesaria.

Pues esto que se halla en las ciencias tan descubiertamente, se halla en las virtudes, aunque mas disimuladamente; porque cada uno de los amadores de las virtudes, por un cabo desea acertar en lo mejor, y por otro busca lo que mas arma con su naturaleza; y de aquí nasce que lo que á él está mejor, cree que es mejor para todos, y el zapato que á él viene justo, cree que tambien vendrá á todos los otros.

Pues desta raiz nascen los juicios de las vidas ajenas, y las divisiones y cismas espirituales entre los hermanos, creyendo los unos de los otros que van descaminados, porque no van por el camino que ellos van. Cuasi en este engaño vivian los de Corinto (a), los cuales habiendo recibido muchos y diversos dones de Dios, cada uno tenia el suyo por mejor, y así se anteponian unos á otros, preferiendo unos el don de las lenguas, otros de la profecía, otros de interpretacion de las Escrituras, otros en hacer milagros, y así todos los demas. Contra este engaño no hay otra mejor medicina que aquella de que el Apóstol usa en esta epístola contra esta dolencia. Porque aquí primeramente iguala todas las gracias y dones en su origen y principio, diciendo que todos ellos son arroyos que nascen de una mesma fuente, que es el Espíritu Santo; y que por esta parte todos participan una manera de igualdad en su causa, aunque entre sí sean diversos, así como los miembros del cuerpo de un rey, todos en fin son miembros de rey, y de sangre real, aunque sean diferentes entre sí. Desta manera dice el Apóstol (b): que todos en el bautismo recibimos un mesmo espíritu de Cristo, para que mediante él todos fuésemos miembros de un mesmo cuerpo. Y así cuanto á esto todos participamos una mesma dignidad y gloria; pues todos somos miembros de una mesma cabeza. Por donde añade luego el Apóstol, y dice (c): Si dijere el pié: Yo no soy mano, y por eso no soy del cuerpo, ¿dejará por esto de ser del cuerpo? Y si dijere el oído: Porque no soy ojo, no soy deste cuerpo, ¿dejará por eso de ser deste cuerpo? Así que por esta parte en todos hay igualdad, para que en todos haya unidad y hermandad; puesto caso que con esto se compadezca alguna variedad.

Esta variedad nasce en parte de la naturaleza, y en

(a) 1 Cor. 12. (b) Galat. 3. (c) 1. Cor. 12.

parte de la gracia. De la naturaleza decimos que nasce; porque aunque el principio de todo el sér espiritual sea la gracia, mas la gracia recibida como agua en diversos vasos, toma diversas figuras, aplicándose á la condicion y naturaleza de cada uno. Porque hay unos hombres naturalmente sosegados y quietos, que segun esto son mas aparejados para la vida contemplativa; otros mas coléricos y hacendosos, que son mas hábiles para la vida activa; otros mas robustos y sanos, y mas desamorados para consigo mismos, y estos son mas aptos para los trabajos de la penitencia. En lo cual resplandescen maravillosamente la bondad y misericordia de nuestro Señor, que como desea tanto comunicarse á todos, no quiso que hubiese un solo camino para esto, sino muchos y diversos, segun la diversidad de las condiciones de los hombres; para que el que no tuviese habilidad para ir por uno, fuese por otro.

La segunda causa desta variedad es la gracia; porque el Espíritu Sancto (que es el autor della) quiere que haya esta variedad en los suyos, para mayor perfeccion y hermosura de la Iglesia. Porque así como para la perfeccion y hermosura del cuerpo humano se requiere que haya en él diversos miembros y sentidos, así tambien para la perfeccion y hermosura de la Iglesia convenia que hubiese esta diversidad de virtudes y gracias; porque si todos los fieles fueran de una manera, ¿cómo se pudiera llamar este cuerpo? Si todo el cuerpo, dice Sant Pablo (a), fuese ojos, ¿dónde estarían los oídos? Y si todo fuese oídos, ¿dónde estarían las narices? Y por esto quiso Dios que los miembros fuesen muchos, y el cuerpo uno; porque así habiendo muchedumbre con unidad, hubiese proporción y conveniencia de muchas cosas en una, de donde resultase la perfeccion y hermosura de la Iglesia. Así vemos que en la música conviene que haya esta misma diversidad y muchedumbre de voces, con unidad de consonancia, para que así haya en ella suavidad y melodía; porque si todas las voces fuesen de una manera, ó todas tiples, ó todas tenores, etc. ¿cómo podría haber música y armonía?

Pues en las obras de naturaleza es cosa maravillosa ver cuánta variedad puso aquel artífice soberano, y cómo repartió las habilidades y perfecciones á todas sus criaturas por tal orden, que con tener cada una su particular ventaja sobre la otra, la otra no tuviese por qué tenerle invidia; porque tambien le tenia ella otra manera de ventaja. El pavon es muy hermoso de ver, mas no es dulce para oír. El ruiseñor es dulce de oír, mas no es hermoso para ver. El caballo es bueno para la carrera y para la guerra, mas no lo es para la mesa; y el buey es bueno para la mesa y para la era, mas no sirve para lo demas. Los árboles fructuosos son buenos para comer, mas no para edificar; los silvestres por el contrario, son buenos para edificar, mas no lo son para fructificar. Desta manera en todas las cosas juntas se hallan todas las cosas repartidas, y en ninguna todas juntas; para que así se conserve la variedad y hermosura en el universo, y se conserven tambien las especies de las cosas, y se enlacen las unas con las otras, por la necesidad que tienen unas de otras.

Pues esta mesma orden y hermosura que hay en las obras de naturaleza, quiso el Señor que hubiese en las de gracia, y para esto ordenó por su espíritu que hubiese mil maneras de virtudes y gracias en su Iglesia; para que

(a) 1. Cor. 12.

de todas ellas resultase una suavísima consonancia, y un perfectísimo mundo, y un hermosísimo cuerpo compuesto de diversos miembros. De aquí nasce haber en la Iglesia unos muy dados á la vida contemplativa, otros á la activa, otros á obras de obediencia, otros de penitencia, otros á orar, otros á cantar, otros á estudiar para aprovechar, otros á servir enfermos y acudir á hospitales, otros á socorrer á pobres y necesitados, y otros á otras muchas maneras de ejercicios y obras virtuosas.

La mesma variedad vemos en las religiones; que aunque todas caminan para Dios, cada una lleva su propio camino. Unas van por el camino de la pobreza, otras por el de la penitencia, otras por el de las obras de la vida contemplativa, otras de la activa. Y por esto unas buscan lo público, otras lo secreto; unas procuran rentas para su instituto, otras aman la pobreza; unas quieren los desiertos, y otras las plazas y los poblados; y todo esto religiosamente y por caridad.

Y en una mesma órden y monasterio veréis esta mesma variedad; porque unos están en el coro cantando, otros en sus oficios trabajando; otros en sus celdas estudiando, otros en la iglesia confesando, y otros fuera de casa negociando. Pues ¿qué es esto? Muchos miembros en un cuerpo, y muchas voces en una música; para que así haya hermosura, proporción, y consonancia en la Iglesia. Porque por eso hay en una vihuela muchas cuerdas, y en unos órganos muchos caños; porque así pueda haber consonancia y armonía de muchas voces. Esta es aquella vestidura que el patriarca Jacob hizo á su hijo José de diversos colores (b); y estas aquellas cortinas del tabernáculo, que mandó Dios pintar con maravillosa variedad y hermosura (c).

Pues siendo esto así (y siendo necesario que sea así para la órden y hermosura de la Iglesia), ¿por qué nos andamos comiendo unos á otros, y juzgando, y sentenciando unos á otros? Por qué no hacen unos lo que hacen otros? Eso es destruir el cuerpo de la Iglesia; eso es destruir la vestidura de José; eso es deshacer esta música y consonancia celestial; eso es querer que los miembros de la Iglesia sean todos piés, ó todos manos, ó todos ojos. Pues si todo el cuerpo fuese ojos, ¿dónde estarían los oídos? y si todo oídos ¿dónde estarían los ojos?

Por donde parece aun mas claro cuán grande yerro sea condenar á otro porque no tiene lo que tengo yo, ó porque no es para lo que soy yo. ¿Cuál sería si los ojos despreciasen á los piés porque no ven, y los piés murmurasen de los ojos porque no andan, y los dejan á ellos con toda la carga? Porque realmente así es necesario: que trabajen los piés, y descansen los ojos, y que los unos anden arrastrados por tierra, y los otros estén en lo alto limpios de polvo y de paja. Y no hacen menos los ojos descansando, que los piés caminando: así como en el navío no hace menos el piloto que está par del góndole con la aguja en la mano, que los otros que suben á la gavia, y trepan por las cuerdas, y extienden las velas, y limpian la bomba: antes aquel que parece que menos hace, ese realmente hace mas. Porque no se mide la excelencia de las cosas con el trabajo, sino con el valor é importancia dellas: si no queremos decir, que mas hace en la república el que cava y el que ara, que el que la gobierna con su consejo y prudencia.

Pues quien esto atentamente considerare, dejará á cada uno en su llamamiento: esto es, dejará al pié ser pié,

(b) Gen. 37. (c) Exod. 26. et 36.

y á la mano mano, y no querrá, ni que todos sean piés, ni todos manos. Esto es lo que tan largamente pretendió persuadir el Apóstol en la Epístola susodicha (a), y esto mesmo es lo que nos aconseja cuando dice (b): El que no come, no menosprecie al que come. Porque por ventura aquel que come tendrá otra virtud mas alta que esa que tú tienes, de que tu carecerás: por donde en lo uno no tendrá culpa, y en lo otro te hará ventaja. Porque así como no menos sirven para el canto los puntos que están en regla, que los que están en espacio, así no menos sirve á la consonancia y música espiritual de la Iglesia el que come, que el que no come, y el que parece que está ocioso, que el que está ocupado, si en su ocio trabaja por alcanzar con qué pueda despues edificar á su prójimo.

Esto mesmo nos encomienda muy encarecidamente Sant Bernardo (c), avisando que excepto aquellos á quien es dado ser jueces y presidentes en la Iglesia, nadie se entremeta en querer escudriñar ni juzgar la vida de nadie, ni comparar la suya con la de nadie; porque no le acaezca lo que al monge que por agravio que su pobreza se igualase con las riquezas de Gregorio, á quien fué dicho que mas rico era él con una gatilla que tenia, que el otro con todas sus riquezas.

CAPITULO XXII.

Tercero aviso: de la solicitud y vigilancia con que debe vivir el varon virtuoso.

El tercero aviso sea este: Que porque en esta regla se han puesto muchas maneras de virtudes y documentos para reglar la vida, y nuestro entendimiento no puede comprehender muchas cosas juntas; para esto conviene procurar una virtud general que las comprehenda todas, y supla (segun es posible) las veces de todas: que es una perpetua solicitud y vigilancia, y una continua atencion á todo lo que hubiéremos de hacer y decir; para que todo vaya nivelado con el juicio de la razon.

De suerte, que así como cuando un embajador hace una habla delante de un gran senado, en un mesmo tiempo está atento á las cosas que ha de decir, y las palabras con que las ha de decir, y á la voz y á los meneos del cuerpo, y á otras cosas semejantes: así el siervo de Dios trabaje (cuanto le sea posible) por traer consigo una perpetua atencion y vigilancia para mirar por sí, y por todo lo que hace; para que hablando, callando, preguntando, respondiendo, negociando, en la mesa, en la plaza, y en la Iglesia, en casa y fuera de casa, esté como con un compas en la mano midiendo y compasando sus obras, sus palabras y pensamientos, con todo lo demas; para que todo vaya conforme á la ley de Dios, y al juicio de la razon, y al decoro y decencia de su persona. Porque como sea tanta la distancia que hay entre el bien y el mal, y Dios haya impreso en nuestras ánimas una luz y conocimiento de lo uno y de lo otro, apénas hay hombre tan simple, que si mira atentamente lo que hace, no se le trasluzga poco mas ó menos lo que en cada cosa se debe hacer; y así esta atencion y solicitud sirve por todos los documentos desta regla y de muchas otras.

Esta es aquella solicitud que nos encomendó el Espíritu Sancto, cuando dijo (d): Guarda, hombre, á tí mesmo y á tu ánima solicitamente. Esta es la tercera

(a) 1. Cor. 12. (b) Rom. 14. (c) Super Cant. Ser. 40. in Gn. (d) Deut. 4.

parte de las tres que señaló el profeta Miquéas, segun que arriba alegamos (e), que es andar solícito con Dios; la cual es un continuo cuidado y atencion de no hacer cosa que sea contra su voluntad. Esto nos significa la muchedumbre de ojos que tenían aquellos misteriosos animales de Ezequiel (f); con los cuales nos dan á entender la grandeza de la atencion y vigilancia con que debemos militar en esta milicia, donde hay tantos enemigos, y tantas cosas á que acudir y proveer. Esto nos representa aquella postura de los setenta caballeros esforzados que guardaban el lecho de Salomon (g), los cuales tenían las espadas sobre el muslo á punto de desenvainar; para dar á entender esta manera de atencion y vigilancia con que conviene que esté el que anda siempre entre tantos escuadrones de enemigos.

La causa desta tan grande solicitud es (demas de la muchedumbre de los peligros) la alteza y delicadeza deste negocio; mayormente en aquellos que anhelan y procuran arribar á la perfeccion de la vida espiritual. Porque conversar y vivir como Dios merece, y guardarse limpio y sin mancilla deste siglo, y vivir en esta carne sin tizne de carne, y conservarse sin reprehension y sin querrela para el día del Señor (como dice el Apóstol), son cosas tan altas, y tan sobrenaturales, que todo esto es menester y mucho mas; y aun Dios y ayuda.

Mira pues la atencion que tiene un hombre cuando está haciendo alguna obra muy delicada; porque realmente esta es la mas delicada obra que se puede hacer, y la que pide mayor atencion. Mira tambien de la manera que anda el que lleva en las manos un vaso muy lleno de un precioso licor, para que no se le vierta nada; y mira tambien el tiento que lleva el que pasa un rio por unas piedras mal asentadas, para no mojarse en el agua; y sobre todo mira el que lleva el que anda paseándose por una maroma, para no declinar un punto á la diestra ni á la siniestra, por no caer: y desta manera trabaja siempre por andar (mayormente á los principios hasta hacer hábito) con tanto cuidado y atencion, que ni hables una palabra, ni tengas un pensamiento, ni hagas un meneo que desdiga un punto (en cuanto fuere posible) de la línea de la virtud. Para esto da Séneca un muy familiar y maravilloso consejo, diciendo: Que debia el hombre deseoso de la virtud imaginar que tiene delante sí alguna persona de grande veneracion, y á quien tuviese mucho acatamiento, y hacer y decir todas las cosas, como las haria y diria si realmente estuviera en su presencia.

Otro medio hay para esto mesmo no menos conveniente que el pasado, que es pensar el hombre que no tiene mas que solo aquel día de vida, y hacer todas las cosas como si creyese que aquel mesmo día en la noche hubiese de parecer ante el tribunal de Cristo, y dar cuenta de sí.

Pero muy mas excelente medio es andar siempre (en cuanto sea posible) en la presencia del Señor, y traerlo ante los ojos (pues en hecho de verdad él está en todo lugar presente), y hacer todas las cosas como quien tiene tal majestad, tal testigo, y tal juez delante, pidiéndole siempre gracia para conversar de tal manera, que no sea indigno de tal presencia. De suerte que esta atencion que aquí aconsejamos, ha de tirar á dos blancos: el uno á mirar interiormente á Dios, y estar delante dél adorándole, alabándole, reverenciándole,

(e) Cap. VI. (f) Ezech. 1. (g) Cant. 5.

amándole, dándole gracias, y ofreciéndole siempre sacrificio de devoción en el altar de su corazón; y el otro á mirar todo lo que hacemos y decimos; para que de tal manera hagamos nuestras obras, que en ninguna cosa nos desviemos de la senda de la virtud. De suerte que con el uno de los dos ojos habemos de mirar á Dios, pidiéndole gracia; y con el otro á la decencia de nuestra vida, usando bien della. Y así habemos de emplear la luz que Dios nos dió, lo uno en la consideración de las cosas divinas, y lo otro en la rectificación de las obras humanas, estando por una parte atentos á Dios, y por otra á todo lo que debemos hacer. Y aunque esto no se pueda hacer siempre, á lo ménos procuremos que sea con la mayor continuación que pudiéremos; pues esta manera de atención no se impide con los ejercicios corporales, ántes en ellos está el corazón libre para hurtarse muchas veces de los negocios, y esconderse en las llagas de Cristo. Este documento repito aquí por ser tan importante; aunque ya estaba apuntado en nuestro Memorial de la vida Cristiana.

CAPITULO XXIII.

Quarto aviso de la fortaleza que se requiere para alcanzar las virtudes.

El precedente aviso nos proveyó de ojos para mirar atentamente lo que debemos hacer: este nos proveyó de brazos, que es de fortaleza para poderlo hacer. Porque como haya dos dificultades en la virtud, la una en distinguir y apartar lo bueno de lo malo, y la otra en vencer lo uno, y proseguir lo otro, para lo uno se requiere atención y vigilancia, y para lo otro fortaleza y diligencia; y cualquiera destas dos cosas que falte, queda imperfecto el negocio de la virtud; porque, ó quedará ciego si falta la vigilancia, ó manco si faltare la fortaleza.

Esta fortaleza no es aquella que tiene por oficio templar las osadías y temores (que es una de las cuatro virtudes cardinales), sino es una fortaleza general que sirve para vencer todas las dificultades que nos impiden el uso de las virtudes: por esto anda siempre en compañía dellas, como con la espada en la mano, haciéndoles camino por do quiera que van. Porque la virtud (como dicen los filósofos) es cosa ardua y dificultosa, y por esto conviene que tenga siempre á su lado esta fortaleza, para que le ayude á vencer esta dificultad. De donde así como el herrero tiene necesidad de traer siempre el martillo en las manos, por razón de la materia que labra, que es dura de domar: así también el hombre virtuoso tiene necesidad desta fortaleza, como de un martillo espiritual, para domar esta dificultad que en la virtud se halla. Por donde así como el herrero sin martillo ninguna cosa haría, así tampoco el amador de las virtudes sin fortaleza, por la misma razón. Si no, dime: ¿cuál de las virtudes hay que no traiga consigo algun especial trabajo y dificultad? Miralas todas una por una: la oración, el ayuno, la obediencia, la templanza, la pobreza de espíritu, la paciencia, la castidad, la humildad: todas ellas finalmente siempre tienen alguna dificultad anexa, ó por parte del amor propio, ó por parte del enemigo, ó por parte del mismo mundo. Pues quitada esta fortaleza de por medio, ¿qué podrá el amor de la virtud desarmado y desnudo? Por do parece que sin esta virtud todas las otras están como atadas de piés y manos, para no poderse ejercitar.

Y por esto tú, hermano mio, que deseas aprovechar

en las virtudes, haz cuenta que el mismo Señor de las virtudes te dice también á tí aquellas palabras que dijo á Moysen, aunque en otro sentido (a): Toma esta vara de Dios en la mano, que con ella has de hacer todas las señales y maravillas con que has de sacar á mi pueblo de Egipto. Ten por cierto que así como aquella vara fué la que obró aquellas maravillas, y la que dió cabo á aquella jornada tan gloriosa, así esta vara de virtud y fortaleza es la que ha de vencer todas las dificultades que el amor de nuestra carne y el enemigo nos han de poner delante; y hacernos salir al cabo con esta empresa tan gloriosa. Y por esto nunca esta vara se ha de soltar de la mano; pues ninguna destas maravillas se puede hacer sin ella.

Por lo cual me parece avisar aquí de un grande engaño que suele acaecer á los que comienzan á servir á Dios. Los cuales como leen en algunos libros espirituales cuán grandes sean las consolaciones y gustos del Espíritu Sancto, y cuánta la suavidad y dulzura de la caridad, creen que todo este camino es deleites, y que no hay en él fatiga ni trabajo; y así se disponen para él como para una cosa fácil y deleitable, de manera que no se arman como para entrar en batalla, sino vistense como para ir á fiestas: y no miran que aunque el amor de Dios de suyo es muy dulce, el camino para él es muy agrio; porque para esto conviene vencer el amor propio, y pelear siempre consigo mismo, que es la mayor pelea que puede ser. Lo uno y lo otro significó el profeta Isaías, cuando dijo (b): Sacúdete del polvo, levántate, y asíéntate, Hierusalem. Porque en el asentarse es verdad que no hay trabajo; mas háilo en el sacudir el polvo de las afecciones terrenales, y en levantarnos del pecado y sueño que dormimos: que es lo que se requiere para venir á esta manera de asiento.

Aunque también es verdad que provee el Señor de grandes y maravillosas consolaciones á los que fielmente trabajan, y á todos aquellos que trocaron ya los placeres del mundo por los del cielo. Mas si este trueque no se hace, y el hombre todavía no quiere soltar de las manos la presa que tiene, crea que no le darán este refresco; pues sabemos que no se dió el maná á los hijos de Israel en el desierto, hasta que se les acabó la harina que habían sacado de Egipto (c).

Pues tornando al propósito, los que no se armaren desta fortaleza ténganse por despedidos de lo que buscan, y sepan cierto que mientras no mudaren los ánimos y el propósito, nunca lo hallarán. Crean que con trabajo se gana el descanso, y con batallas la corona, y con lágrimas la alegría, y con el aborrecimiento de sí mismo el amor suavísimo de Dios. Y de aquí nació reprehenderse tantas veces en los Proverbios la pereza y negligencia, y alabarse tanto la fortaleza y diligencia, como en otra parte declaramos (d); porque sabía muy bien el Espíritu Sancto, autor desta doctrina, cuán grande impedimento para la virtud era lo uno, y cuán grande ayuda lo otro.

§. I.

De los medios por donde se alcanza esta fortaleza.

Mas por ventura preguntará: ¿Qué medio hay para alcanzar esta fortaleza, pues también ella es dificultosa como las otras virtudes? Porque no en balde comenzó

(a) Exod. 4. (b) Isai. 52. (c) Exod. 16. (d) Libro de la Oración, p. 2. c. 2. §. 2.

el Sabio aquel su abecedario, tan lleno de doctrina espiritual, por esta sentencia (a): Mujer fuerte ¿quién la hallará? El valor della es sobre todos los tesoros y piedras preciosas traídas dende los últimos fines de la tierra. Pues ¿por qué medios podrémos alcanzar cosa de tan gran valor? Primeramente considerando este mismo valor; porque sin duda cosa es de gran valor la que tanto ayuda para alcanzar el tesoro inestimable de las virtudes. Si no, dime: ¿qué es la causa por que los hombres del mundo huyen tanto de la virtud? No es otra sino la dificultad que hallan en ella los cobardes y perezosos. Dice el perezoso: El león está en el camino; en medio de las plazas tengo de ser muerto (b). Y en otra parte añade el mismo Sabio, diciendo (c): El loco mete las manos en el seno, y come sus carnes, diciendo: Mas vale un poquito con descanso, que las manos llenas con aflicción y trabajo. Pues como no haya otra cosa que nos aparte de la virtud, sino sola esta dificultad; teniendo fortaleza con que vencer, luego es conquistado el reino de las virtudes. Pues ¿quién no tomará aliento, y se esforzará á conquistar esta fuerza, la cual ganada es ganado el reino de las virtudes, y con él el de los cielos, el cual no pueden ganar sino solos los esforzados (d)? Con esta mesma fortaleza es vencido el amor propio con todo su ejército; y echado fuera este enemigo, luego es allí aposentado el amor de Dios, ó por mejor decir, el mismo Dios. Pues, como dice Sant Joan (e), quien está en caridad está en Dios.

Aprovecha también para esto el ejemplo de muchos siervos de Dios, que agora vemos en el mundo, pobres, desnudos, descalzos y amarillos, faltos de sueño y de regalo, y de todo lo necesario para la vida. Algunos de los cuales desean y aman tanto los trabajos y asperezas, que así como los mercaderes andan á buscar las ferias mas ricas, y los estudiantes las universidades mas ilustres, así ellos andan á buscar los monasterios y provincias de mayor rigor y aspereza, donde hallen no hartura, sino hambre; no riqueza, sino pobreza; no regalo de cuerpo, sino cruz y mal tratamiento de cuerpo. Pues ¿qué cosa mas contraria á los nores del mundo, y á los deseos de las gentes, que andar á buscar un hombre por tierras extrañas arte y manera como ande mas hambriento, mas pobre, mas remendado y desnudo? Obras son estas contrarias á carne y á sangre, mas muy conformes al espíritu del Señor.

Y mas particularmente condena nuestros regalos el ejemplo de los mártires, que con tales y tan crudos géneros de tormentos conquistaron el reino del cielo (f). Apénas hay día que no nos proponga la Iglesia algun ejemplo destes, no tanto por honrar á ellos con la fiesta que les hace, cuanto por aprovechar á nosotros con el ejemplo que nos da. Un día nos propone un mártir asado, otro día desollado, otro ahogado, otro despeñado, otro atenuado, otro desmembrado, otro aradas las carnes con sulcos de hierro, otro hecho un erizo con saetas, otro echado á freír en una tina de aceite, y otros de otras maneras atormentados. Y muchos dellos pasaron no por un solo género de tormentos, sino por todos aquellos que la naturaleza y compostura del cuerpo humano podía sufrir. Porque á muchos de la prisión pasaban á los azotes, y de los azotes á las brasas, y de las

(a) Prov. 31. (b) Prov. 26. (c) Eccles. 4. (d) Matt. 11. (e) 1. Ioan. 4. (f) Todo este género de tormentos cuenta Eusebio, lib. 8. Historie Eccles.

brasas á los peines de hierro, y de allí al cuchillo, que solo bastaba para acabar la vida, mas no la fe ni la fortaleza.

Pues ¿qué diré de las artes é invenciones que la ingeniosa crueldad, no ya de los hombres, sino de los demonios, inventó para combatir la fe y fortaleza de los espíritus con el tormento de los cuerpos? A unos despues de crudelísimamente llagados, hacían acostar en una cama de abrojos, y de cascos de tejas muy agudos, para que por todas partes el cuerpo tendido recibiese en un punto mil heridas, y padeciese un dolor universal en todos los miembros, y así fuese combatida la fe con un ejército de dolores extraños. A otros hacían pasear con las plantas desnudas sobre carbones encendidos; á otros arrastraban por cardos y rastrojos, atados á las colas de caballos no domados. Para otros inventaban ruedas horribles, cercadas de navajas muy agudas, para que estando en alto el cuerpo fijo, esperase el encuentro de toda aquella orden de navajas que lo despedazasen. A otros tendían en unos ingenios de madera que para esto tenían hechos, y estirados allí fuertemente los cuerpos, los araban de alto abajo con garfios de hierro. ¿Qué diré, sino que aun no contenta la ferocidad de los tirannos con todos estos ensayos de tormentos, vino á inventar otro mas nuevo, que fué atar por los piés al mártir á las ramas de dos grandes árboles, abajándolas violentamente hasta el suelo, para que soltándolas despues, y resurtiendo á sus lugares, llevasen volando por los aires cada una su pedazo de cuerpo? Mártir hubo en Nicomedia (y como este hubo otros innumerables) á quien despues de haber azotado tan cruelmente, que no solo habían rasgado ya la piel y los cueros, sino que ya los azotes habían comido mucha parte de la carne, y llegado á descubrir por muchas partes los huesos blancos entre las heridas coloradas, acabado este tormento, le regaron las llagas con vinagre, y las polvorearon con sal; y no contentos con esto, viendo aun que todavía estaba el ánima en el cuerpo, le tendieron sobre unas parrillas al fuego, y allí le volteaban de una banda á otra con horcas de hierro, hasta que así asado ya, y tostado el sagrado cuerpo, envió el espíritu á Dios.

De manera que los perversos homicidas pretendían otra cosa aun mas cruel que la muerte (que es la última de las cosas terribles); porque no pretendían tanto matar, como atormentar con tantos y tan horribles martirios, que sin herida ninguna de muerte hiciesen partir las ánimas de los cuerpos á poder de tormentos. No eran pues estos mártires de otros cuerpos que los nuestros; ni de otra masa y composición que la nuestra; ni tenían por ayudador otro Dios que el que nosotros tenemos; ni esperaban otra gloria que la que todos esperamos. Pues si estos con tales y tantas muertes compraron la vida eterna, ¿cómo nosotros por la misma causa no mortificarémos siquiera los malos deseos de nuestra carne? Si aquellos morían de hambre, ¿por qué tú no ayunarás un día? Si aquellos perseveraban enclavados en la cruz orando, ¿por qué tú no perseverarás un rato de rodillas en oración? Si aquellos tan fácilmente dejaban cortar y despedazar sus miembros, ¿por qué tú no cercenarás y mortificarás un poco de tus apetitos y pasiones? Si aquellos estaban tanto tiempo encerrados en cárceles escuerras, ¿por qué tú no estarás siquiera un poco recogido en la celda? Si aquellos así dejaban arar sus espaldas, ¿por qué tú alguna vez por Cristo no disciplinarás las tuyas?

Y si aun estos ejemplos no bastan, alza los ojos á aquel sancto madero de la Cruz, y mira quién es aquel que allí está padesciendo tan crueles tormentos por tu amor. Mirad, dice el Apóstol (a), á aquel que tan grandes encuentros recibió de los pecadores, porque no canseis ni desmayeis en los trabajos. Espantoso ejemplo es este por do quiera que lo quisieris mirar. Porque si miras los trabajos, no pueden ser mayores; si á la persona que los padesce, no puede ser mas excelente; si la causa por que los padesce, ni es por culpa suya (porque él es la misma inocencia), ni por necesidad suya (porque es Señor de todo lo criado), sino por pura bondad y amor. Y con ser esto así, padesció en su cuerpo y ánima tan grandes tormentos, que todas las pasiones de los mártires y de todos los hombres del mundo no igualan con ellos. Cosa fué esta de que se espantaron los cielos, y tembló la tierra, y se despedazaron las piedras, y sintieron todas las cosas insensibles. Pues ¿cómo será el hombre tan insensible, que no sienta lo que sintieron los elementos? ¿Y cómo será tan ingrato, que no procure imitar algo de aquello que se hizo por su ejemplo? Porque por esto (como dijo el mismo Señor) convenia que Cristo padesciese, y así entrase en su gloria; porque pues habia venido al mundo para guiarnos al cielo (pues el camino para él era la Cruz), que fuese en la delantera crucificado; para que así tomase esfuerzo el vasallo, viendo tan maltratado á su Señor.

Pues ¿quién será tan ingrato, ó tan regalado, ó tan soberbio, ó tan desvergonzado, que viendo al Señor de la Majestad con todos sus amigos y escogidos caminar con tanto trabajo, quiera él ir en una litera, y gastar la vida en regalos? Mandaba el rey David á Urias (b), que venía de la guerra, ir á dormir y descansar á su casa, y cenar con su mujer, y el buen criado respondió: El arca de Dios está en las tiendas, y los siervos del rey mi Señor duermen sobre la haz de la tierra; ¿é iré yo á mi casa á comer, y beber, y descansar? Por la salud tuya, y por la de tu ánima tal cosa no haré. ¡Oh fiel y buen criado, tan digno de ser alabado, cuán indignamente muerto! ¿Pues cómo tú, cristiano, viendo de la manera que ves á tu Señor en la Cruz, no tendrás este mismo comedimiento para con él? El arca de Dios de madera de cedro incorruptible padesce dolores y muerte, ¿y tú

(a) Hebr. 12. (b) 2. Reg. 11.

buscas regalos y descanso? Aquel arca donde estaba el maná (que es el pan de los ángeles) escondido, gustó hiel y vitagre por tí, ¿y tú buscas deleites y golosinas? Aquel arca donde estaban las tablas de la ley (que son todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios) es vituperada y tenida por locura, ¿y tú buscas honras y alabanzas? Y si no basta el ejemplo desta arca mística para confundirte, junta con ella los trabajos de los siervos de Dios que duermen sobre la haz de la tierra; conviene saber, los ejemplos y pasiones de tantos sanctos, de tantos profetas, mártires, confesores y vírgines, que con tantos dolores y asperezas pasaron esta vida, como lo cuenta uno dellos, diciendo así (c): Los sanctos padescieron escarnios, azotes, prisiones y cárceles; fueron apedreados, aserrados, tentados, y muertos á cuchillo. Anduvieron pobremente vestidos de pieles de ovejas y de cabras; necesitados, angustiados, afligidos; de los cuales el mundo no era merecedor; vivian en las soledades y desiertos, en las cuevas y concavidades de la tierra; y todos ellos en medio destes trabajos fueron probados, y hallados fieles á Dios.

Pues si esta fué la vida de los sanctos, y (lo que mas es) del Sancto de los sanctos, no sé yo por cierto con qué título, ni por cuál privilegio piensa alguno de ir adonde ellos fueron, si va por camino de deleites y regalos. Y por tanto, hermano mio, si deseas ser compañero de su gloria, procura serlo de su pena: si quieres reinar con ellos, procura padescer con ellos.

Todo esto sirve para exhortarte á esta noble virtud de fortaleza; para que así seas imitador de aquella sancta ánima de quien se dice (d) que ciñó sus lomos con fortaleza, y esforzó sus brazos para el trabajo. Y para conclusion deste capítulo, y de la doctrina de todo este segundo libro, acabaré con aquella nobilísima sentencia del Salvador, que dice (e): Quien quiera que quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame. En las cuales palabras comprendió aquel Maestro celestial la suma de toda la doctrina del Evangelio, la cual se ordena á formar un hombre perfecto y evangélico: el cual teniendo un linaje de paraíso en el hombre interior, padesce una perpetua cruz en lo exterior; y con la dulzura de la una, abraza voluntariamente los trabajos de la otra.

(c) Ad Hebr. 11. (d) Prov. 31. (e) Lucæ 9.

AL CRISTIANO LECTOR.

QUISE, amigo lector, que esta carta del sancto obispo Eucherio, discípulo de Sant Augustin, se añadiese á esta nuestra GUIA; porque trata del mismo argumento della, que es del menosprecio del mundo y amor de la virtud. Y no solo por esta causa, sino tambien por haberme esta escriptura summamente contentado. En la cual hallará el discreto lector tanta gravedad de sentencias, tanta agudeza de razones, tanta elegancia en el estilo, y sobre todo tanto espíritu y eficacia en persuadir lo que pretende, que no deja al entendimiento humano cosa con que se pueda excusar de la fuerza de sus persuasiones. De donde le acaescerá lo que á mí ha acaescido: que por muchas veces que lea esta escriptura, nunca me cansa ni causa hastio. Porque esta es la condicion de las cosas perfectas y acabadas en su género, que siempre deleiten, por mucho que se traten. La verdad de lo cual todo remito al juicio del prudente lector que supiere estimar lo que merece estima. Y porque no quiero para mí la gloria desta translacion (que es muy elegante), el intérprete fué el R. P. Fr. Joan de la Cruz, que es en gloria; el cual para esto tenia especial gracia, como se ve por otras translaciones suyas. VALE.